

Semblanza personal de Don Julio Irazusta a los 25 años de su fallecimiento

JORGE C. BOHDZIEWICZ

Para decidirme a escribir las pocas palabras que a continuación oirán, he debido vencer dos obstáculos: el primero, mi natural timidez para hablar en público, a pesar de haber sido docente durante muchos años; el segundo era una duda de orden intelectual: qué podría decir yo –el más modesto de sus discípulos y acaso el último de sus jóvenes amigos– para evocar una figura de la talla de don Julio Irazusta, tan luego de don Julio, como le llamábamos quienes tuvimos la suerte de disfrutar de su magisterio en animadas tertulias y numerosos encuentros, ocasionales o provocados, en mi caso a lo largo de casi una década que jamás podré olvidar.

Pero finalmente cedí a la insistencia de un querido camarada, colega y amigo, a la amable invitación formal de un joven que acabo de conocer, Leonardo Ferrari, y a la sensación penosa de que sería una ingratitud de mi parte, en tanto amigo y deudor intelectual, no prestarme, a pesar de las limitaciones señaladas, a este justísimo homenaje a su querida memoria, a los veinticinco años de su partida.

Muchos emocionados recuerdos se me agolparon cuando comencé a borrar estas primeras líneas. Ustedes permitirán que me aparte de las formas usuales en esta clase de rememoraciones y que haga en cambio una breve referencia a don Julio Irazusta únicamente a través de mis vivencias personales, que me involucran necesariamente como actor. El propósito es, entonces, modesto. Dicho de otra manera: quiero dejar un breve, sencillo y entrañable testimonio, centrado más en su dimensión humana y la extraordinaria influencia que ejerció sobre mí, que en su fantástica obra como crítico literario, historiador, pensador y político. Sobre las profundidades de estas vertientes de su inagotable intelecto se han ocupado con pulso firme y encomiable agudeza Enri-

que Zuleta, Mario Guillermo Saraví, Jorge Comadrán Ruiz y Enrique Díaz Araujo. Más recientemente lo ha hecho Juan Fernando Segovia en un hermoso libro, riguroso y preciso. Ello me exime de la nada original tarea de repetir lo que esos amigos han divulgado y todos Ustedes saben de sobra.

Cuando conocí a don Julio, ya había leído parte importante de su vasta obra. Lo vi por primera vez en ocasión de su incorporación a la Academia Nacional de la Historia, cuando esta institución desarrollaba sus actividades en el Museo Mitre. Recuerdo la impresión que me produjo su figura corpulenta y su talante señorial, su rostro sereno y su voz apacible. Jamás pensé que al poco tiempo quedaría ligado a su persona con lazos de amistad tan profundos; jamás pensé que ese hombre marcaría para siempre mis predilecciones literarias y confirmaría mi vocación por la historia patria y mi orientación política. Recuerdo también, a modo de confesión tardía, mi desconcierto ante su discurso de recepción. Esperaba, como la mayoría de los jóvenes ro-sistas que acudimos a esa cita, un alegato reivindicativo de la figura a la que le había consagrado varias décadas de lecturas infatigables y meditaciones profundas en el seno mismo donde la falsificación de nuestro pasado había adquirido formulación canónica. No fue así. Mas no tardé mucho en advertir que lo que nos había regalado en la ocasión, sin que yo lo advirtiera, era la síntesis más preciosa que jamás haya leído sobre el itinerario intelectual de un humanista de raza, que lo fue y en grado superlativo.

Permítaseme que evoque brevemente ese itinerario, que comenzó con el estudio crítico de poetas, novelistas y ensayistas franceses, ingleses y argentinos. Sin abandonar su lectura, pero consciente de la necesidad de ensanchar las bases filosóficas de su formación, don Julio pronto orientó sus afanes hacia los clásicos de todos los tiempos, pero muy especialmente a los filósofos políticos denominados “reaccionarios”, como Burke, Rivarol, De Maistre, Maurras y tantos otros, que dejaron un sedimento perceptible en su propia teoría política, sin mengua de su concepción, que fue original.

Y sin solución de continuidad, antes bien, de modo simultáneo y a uno con la praxis política, don Julio se consagró al estudio sistemático del pasado argentino para dar respuesta a los interrogantes que con insistencia le planteaban el presente y el porvenir de su Patria, que parecía resistirse en su clase dirigente a emprender el camino de la grandeza, perdida en la aciaga jornada de Caseros. Es así que se convirtió,

según expresión con que subtituló sus *Memorias*, en un “historiador a la fuerza”. La clave del acierto con que emprendió sus trabajos encuentra su explicación tanto en su inteligencia privilegiada y en su cultural general incomparable, como en la aplicación de las categorías filosóficas del realismo político al examen del pasado.

Y permítaseme decir aquí algo, muy poco, en relación con su obra como historiador, que tratará enseguida con solvencia y profundidad el doctor Antonio Caponnetto. Sabido es que el camino de la investigación histórica parte del análisis de las fuentes y se dirige, en sus mejores cultores, a la síntesis interpretativa, que es la culminación de su quehacer. Sin embargo, creo advertir que don Julio recorrió, al ocuparse de Rosas, un camino curiosamente inverso, inusual y, por lo mismo, asombroso. En 1935, cuando contaba con apenas 36 años, edad en la que en otros se presenta lejana aún la madurez intelectual, publicó su *Ensayo sobre Rosas en el centenario de la suma del poder*, obra que parece culminar la parábola de un historiador y no comenzarla. Pero fue exactamente al revés. El lector podrá encontrar en esa obra, en acto o en potencia, perfectamente definidas o apenas insinuadas, en admirable síntesis, todas las ideas sobre el significado de la dictadura de Rosas en la historia argentina a la luz de la historia universal, que es la que le da inteligibilidad y sentido profundo. Síntesis que tendrá años después su despliegue analítico en su *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, obra erudita hasta lo inverosímil, modelo de historia política en su sentido más cabal, cuyo primer volumen apareció seis años más tarde, en 1941, y completa treinta años después, en 1970.

Vuelvo a las evocaciones. Fue en aquel mismo recinto, la Academia Nacional de la Historia, trasladado al cabo de poco tiempo a la calle Balcarce, que entablé con don Julio mi primer diálogo, en oportunidad de haberseme adjudicado una distinción insignificante, creo que en 1973. Fue para mí la “ocasión dorada”, según expresión que le era muy propia y tomo prestada. Y claro que no la desaproveché: *temeritas est florentis aetatis*, dice Cicerón. Después le escribí algunas cartas –eran consultas sobre temas históricos– que nunca dejó de responder. Y enseguida vinieron los primeros encuentros.

Era yo muy joven entonces y, como tal, desbordaba de proyectos, entre ellos el de editar una revista de historia que concebía como expresión de un revisionismo de riguroso carácter científico, pero combativo a la vez. Dios quiso que pudiera concretar ese proyecto y en su

número primero aparecieron dos trabajos de don Julio que le pedí especialmente: un ensayo crítico sobre *Los "Apuntes" de Antonio Cuyás y Sampere* y una extensa reseña sobre un autor de origen hebreo que tuvo la extraña ocurrencia de ocuparse del revisionismo histórico desde una posición de izquierda, por supuesto que para descalificar a ese movimiento intelectual, como es norma entre los historiadores autodenominados "progresistas". Así le fue al pobre. Tarea ardua le resultó descifrar su estilo confuso, pero finalmente quedó triturado por los razonamientos de nuestro maestro, cuya capacidad como polemista implacable pero de formas siempre amables y urbanas, brilló en esas páginas no menos que cuando se ocupó de Ricardo Rojas o Eduardo Celesia.

No pasó mucho tiempo desde aquel mi estreno como director de la revista, que se llamaba *Historiografía* entonces y hoy *Historiografía Rioplatense*, cuando decidimos darle personería jurídica al Instituto Bibliográfico "Antonio Zinny" luego del fallecimiento del Padre Guillermo Furlong, bajo cuya inspiración lo habíamos fundado de hecho en 1970. Instituto que aún sobrevive con el auxilio de la Divina Providencia. Don Julio fue su Presidente Honorario hasta su fallecimiento. ¿Quién otro podría serlo?

Para entonces, nuestra amistad se había estrechado más y más, sin que pesara sobre ella la diferencia de edades. Contaba don Julio entonces con 76 años plétóricos de amplísimos e insondables conocimientos, 76 años adornados con su bondad natural, carácter apacible e imperturbable jovialidad. Es cierto, nos separaban algo más que cuatro décadas. Sin embargo, jamás puso una mínima distancia en el trato, que yo sintiera, jamás una expresión que insinuara el abismo que existía entre su sabiduría y mi insignificancia. Don Julio sabía conversar animadamente con adolescentes y viejos, con gentes de refinada cultura y con gentes que no la tenían. Y a todos escuchaba... Y a todos tenía siempre algo que decir sobre los motivos o intereses que los convocaban al diálogo... Y con todos derramaba generosamente su amistad, sabiendo adecuar la elegancia de su lenguaje, que era exquisito, a la calidad del interlocutor ocasional.

Con el correr de los años, mis encuentros con don Julio se hicieron cada vez más frecuentes. En la sede del Instituto conversábamos casi todos los días, de lunes a viernes. Y en una agradabilísima e interminable tertulia, en un sitio al que llamábamos el "campito", ubicado en el entrecruce de dos ramales ferroviarios, en Palermo, todos los días

sas más sencillas! A propósito de *La Eneida*, recuerdo su cita, tomada del libro quinto, en el que Virgilio describe la competencia en que los rezagados en una regata terminan ganando: *possunt quia posse videntur*. Cita cargada de un significado inequívoco sobre el valor de la fe y la voluntad puestas tras un objetivo; cita que, cambiando los tiempos verbales para acercarnos más a la idea que quería transmitir, se traduciría así: *pudieron porque creyeron poder*.

En el “campito”, ese ámbito materialmente rústico y precario pero humanamente jerárquico y señorial, estaba instalada, lo mismo que en el Instituto, la cátedra informal donde pude dar forma, rectificar y completar algo de la deficiente educación recibida en una Universidad estragada ya por el sectarismo ideológico, el apego a las modas, que revela siempre debilidad de espíritu, y la lucha canibalística por los espacios de poder, que entonces se llamaban todavía “cátedras”. Cátedra verdadera fue para mí la que acabo de describir, cuya titularidad indiscutida pertenecía a don Julio.

En el Instituto, en su casa de la calle Chile y algunas veces en la mía, la situación era distinta. Sin rivales, y depuestas las timideces iniciales, lo acosaba con infinidad de demandas intelectuales y alguno que otro atrevimiento. Tan generoso y benevolente era don Julio, que en una oportunidad me quiso entregar los manuscritos de *La política, cenicienta del espíritu* para que se los comentara e hiciera acotaciones críticas. Comprenderán que huí despavorido de semejante compromiso, completamente desproporcionado para mis modestos conocimientos de entonces, claro que sin dejar de agradecer su nobilísima oferta, cuya discreto sentido comprendí después. Pero así era él, no sólo conmigo, sino con todos los que tuvimos la fortuna de gozar de su proximidad y de su confianza.

Cuento que una vez sí me atreví a corregirle los manuscritos de un ensayo sobre Ramos Mejía que le había pedido para otro número de la revista. Claro que esas correcciones, que recuerdo avergonzado por llamarlas así, eran sólo sobre letras mal tipeadas u omisiones de palabras pensadas pero no escritas. ¡Es que don Julio había redactado ese ensayo de memoria, prácticamente ciego por las cataratas! Un hecho verdaderamente prodigioso. Guardo con celo ese tesoro entre mis papeles.

Por supuesto, conocí *Las Casuarinas*, que visité en cuatro oportunidades por lo menos. Llevo conmigo intacta la imagen de la vieja casona rodeada de una frondosa arboleda y del infernal ruido de las coto-

sábados, salvo muy mal tiempo, y a veces con tiempo muy malo también. El “campito”, un pequeño lote con varias parrillas, buena arboleda y un edificio de construcción precaria, se me presenta inseparable de la figura de don Julio. Allí se reunían –nos reuníamos– convocados por mi compadre Félix Fares y por Augusto Giménez, la mayoría de las mejores inteligencias que expresaban a mi entender, en sus diversos matices y en esos tiempos –hablo de la década del setenta–, el pensamiento nacionalista. Recuerdo a Ernesto Palacio, entrañable amigo de don Julio, a Juan Pablo Oliver, a Jaime María de Mahieu, al Padre Raúl Sánchez Abelenda, a Jaime Gálvez, a Ricardo Curutchet y a tantos otros nombres que la memoria me traerá cuando me proponga exprimirla. Allí conocí a poetas como Calvetti y a editores como Taladriz. También a muchos viejos militantes de la Unión Republicana, partido que don Julio había fundado con su hermano Rodolfo para darle batalla al régimen. Allí se generaban largas y animadas charlas y algunas polémicas. Jamás una disputa agria porque el clima de los encuentros era tolerante y jocoso. No había espacio para el malhumor ni para las solemnidades. ¡Qué señores eran aquellos! Cualquier tema que tocaba don Julio, así fuese el más doméstico o trivial imaginable, alcanzaba con sus razonamientos alturas insospechables por su dimensión filosófica. Era asombroso y un deleite para el espíritu escuchar con qué facilidad se elevaba de la anécdota a la categoría, o verlo emprender el camino inverso.

Incontable era la cantidad y calidad de ideas, relatos y anécdotas que se sucedían a lo largo de las 8 horas, no menos que 8 y a veces bastante más, que duraban esos encuentros. Ideas, relatos y anécdotas que encendía y potenciaba el buen vino, presentado con abundancia y trasegado con generosidad.

Como podrán imaginarse, mi papel en esa tertulia de “grandes” no excedía el de simple pero ávido oyente. A veces, una tímida pregunta era todo mi aporte al lucimiento de los comensales. Mi interés era oír y aprender. Las respuestas de don Julio sin proponérselo eran todas lecciones magistrales, expresadas con naturalidad, sin el menor asomo de afectación. Podían comenzar con una referencia a Jenofonte o con la cita de un pasaje de *La Eneida* en latín, para transitar luego siglos y naciones en admirables comparaciones –don Julio manejaba la historia comparativa como nadie, valido de su memoria deslumbrante y de su capacidad asociativa– y concluir con una jocosa anécdota pueblerina, como aquel accidente que le pasó al vasco Iturbide durante una travesía. ¡Qué maravilloso buen decir tenía don Julio, aún acerca de las co-

rras. También de las noches apacibles en que solíamos conversar iluminados por el sol de noche, pero más por el destello inagotable y amistoso de su sabiduría. Poco importaba la comida, a veces incomible, que preparaba Rasputín, nombre que le dio la querida negra Barel a un pintoresco criado, medio “falso”, según decía con acierto y gracia.

Tengo presente asimismo el escritorio y la gran mesa que lo acompañaba en la habitación en que tenía instalada su biblioteca. Había allí un caos fenomenal de papeles del cual emergían sus famosas carpetas, que fueron más de quinientas: un verdadero cosmos hecho de recortes y anotaciones manuscritas hilvanados por su inteligencia. Supongo que todos Ustedes saben, porque él mismo lo contó muchas veces, que compraba tres ejemplares de cada libro que le interesaba: dos para recortar y pegar, y uno para conservar anotado. Alguna vez tuve esas carpetas en mis manos, en el Instituto, donde las había depositado en tránsito porque allí había fijado su lugar de trabajo en sus años postreros, cuando el CONICET, conducido entonces por gente realista, proba y abierta a la inteligencia, reconoció sus méritos y le permitió completar sus últimos trabajos. Uno de ellos, *La curva ascendente de la economía argentina*, permanece inédito y a la espera de su oportunidad editorial.

En *Las Casuarinas* tuve también ocasión de recorrer asombrado sus *Cuadernos de Notas*, como denominaba a una serie de volúmenes manuscritos, bien encuadernados, donde había volcado ordenadamente los comentarios suscitados por los clásicos que había estudiado entre 1923 y 1927 (repárese que don Julio nació en 1899). Sus hojas atesoraban, en agraz y a la espera de su madurado desarrollo, numerosos artículos y libros. Uno de ellos, recordarán, fue su Tito Livio, editado en 1951 que nació en las anotaciones de esos *Cuadernos*. Pienso que de no haber acudido a otros intereses y reclamos superiores, habrían aparecido con mayor frecuencia ensayos deliciosos, similares a los que dedicó al historiador romano, a Burke y a Rivarol.

A principios de 1982 la salud de don Julio había declinado sensiblemente. Dejó entonces su residencia porteña y se instaló en una casa de la calle Palma, en esta ciudad de Gualeguaychú. A principios de abril supe de su empeoramiento. No vacilé. Empecé viaje ante el presentimiento de un pronto desenlace. Quería darle la despedida a mi maestro. Recuerdo que entré en la habitación en la que se hallaba postrado. Le besé la frente y le hice algún chiste gracioso que respondió con otro. Apenas si pude disimular las lágrimas que brotaban del

fondo de mi alma. Llevaba un encargo de sus amigos: las páginas manuscritas del prólogo para una segunda edición de *Perón y la crisis argentina* que deseaban reeditar. Se las alcancé. No las leyó. No las podía leer, ni era necesario. Me contestó que no quería que el libro se publicara porque podía, en esos momentos, contribuir a dividir la opinión de los argentinos. Valga la anécdota postrera para demostrar su extraordinaria grandeza de alma, porque en esos precisos momentos –no hace falta que los recuerde– nuestros soldados estaban dando batalla por la recuperación de las Malvinas. Argentina había desafiado a un imperio, ocupado lo que le pertenecía en derecho y se le negaba hasta la humillación y le había hundido al enemigo la mitad de su flota, dando sus tropas un ejemplo que la posteridad –me refiero a la Nación entera y no a un puñado de patriotas memoriosos– sabrá recoger y valorar debidamente cuando otros vientos soplen, lo suficientemente fuertes para arrasar con una dirigencia política, la que padecemos hoy, que me abstengo ahora de calificar.

Don Julio cerró los ojos antes de aquel fatídico 14 de junio, soñando con el triunfo sobre el usurpador británico. Con ese bello sueño entregó su alma al Creador un hombre de excepción, aquí, un 5 de mayo, en la tierra natal que tanto amó.